



Lope de Rueda

# Comedia Armelina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Lope de Rueda**

## **Comedia Armelina**

Pascual Crespo, herrero.  
Inés García, su muger.  
Armelina, dama.  
Mencieta, moça.  
Guadalupe, simple.  
Justo, gentilhombre.  
Beltranico, paje.  
Viana, tutor del Justo.  
Mulien Bucar, moro.  
Medla, furia infernal.  
Neptuno, dios de los mares  
Alguazil.  
Diego de Córdoba, çapatero.  
Rodrigo, casamentero.

Autor que hace el introyto Sepan, apacibles auditores, que Pascual Crespo, herrero famosíssimo, official siendo moço, tuvo un hijo en cierta manceba, la cual se lo llevó, llevándosela por amiga un capitán que pasó en Hungría, donde la madre y el capitán murieron, dejando al niño por heredero de todo lo que tenían y por tutor á Viana, hombre anciano de la misma ciudad.

Á Viana un deudo y muy acostado suyo le quitó una hija que tenía, dicha Florentina, á respecto que la trataba muy mal su madrastra, y por su desdicha fué captivado de moros y la niña vendida por esclava á un hermano deste Pascual Crespo, el herrero, que entonces por la mar mercadeaba, y al punto de su muerte, por el amor que la tenía, la dejó libre y con harto dote con que el herrero la casase.

Esta es, señores, la maraña de nuestra comedia, y entended que Armelina es Florentina, como se declara á la fin de nuestra poética representación.

Et vale.

Scena primera

Interlocutores

Pascual Crespo, herrero.-Inés García, su muger.-Mencieta, moça.-Armelina, dama.

Pascual.-En el nombre sea de Dios Todopoderoso, siempre el pie derecho delante, y para que el demonio no pueda empecerme, quiero santiguarme y encomendar mi persona y toda mi casa al Hazedor supremo. Mas ¡cómo se rodea mi gente en hazer hazienda! Todos duermen en Çamora.-¡Guadalupe, ah, Guadalupe! Tal te quiero, Crespa: y ella era tiñosa.-¡Mencieta, Inés García, muger! ¡Oh, qué gran trabajo tiene el official que el día de oy ha de sustentar casa y familia, especialmente con un officio como este mío, que para ganar medianamente la comida es menester madrugar, y aun ojalá baste!-¡Inés García!, ¿oíslo?

Inés.-Ya os tengo oído; ¿qué queréis? ¿Comenzáis de mañana á alborotar los vezinos?; ¡gruñidor, gruñidor!

Pascual.-Assomaos ahí, ques medio día, y no hay pelo de hazienda hecha en toda la casa.

Inés.-¡Jesús, Jesús!; líbreme Dios de mal hombre y de mala mujer, y de falso testimonio, si no ha más de dos horas que ando por este entresuelo.

Pascual.-Pues acabad, llamadme esta gente, hágase lumbre y enciéndase luego esa fragua; començarse ha á hazer hazienda, y abrochaos esos pechos, que no parecéis sino verdaderamente á la entenada del Miércoles Corvillo.

Inés.-Ya, ya; maten aquel gaçapo; ¿para qué es nada desso, la de Alonso? Al cabo de cuarenta y dos años de casamiento le parezco antenada del Miércoles Corvillo. Pues así parezca yo ante faciem angelatus, como yo creo que os devo de parecer bien.

Pascual.-Sí, sí; como es niña, no me maravillo.

Inés.-Pues no por los muchos años, sino que trabajos me hizieron encanescer temprano.

Pascual.-Tal se ha de creer de vos. Hazed levantar essa gente; dexémonos agora de entender en cosas de poca importancia.

Inés.-No lo digo sino por las edades, que aun el cura que me baptizó pudiera agora ser bivo, sino muriera el año de la langosta.

Pascual.-Calla ya; pueden assombrar con ella los muchachos como con la paparrasolla. Hazernos ha encreyente que añubla.

Inés.-No es buena fe, marido, sino que se me cayó temprano la dentadura, que de otra manera, en mi ánima tan fresco tuviera yo mi rostro como un albahaca.-¡Mencieta, ah, Mencieta!

Mencieta.-Ya voy, señora.

Inés.-¿Es hora, dueña? Aguardad que entre el sol por los resquicios.

Mencieta.-¡Jesús, heme aquí!; ¿qué manda?

Inés.-¿Qué hace Armelina, mi hija?

Mencieta.-Acabó anoche aquella gorguera, y aun no ha una hora que se acostó.

Pascual.-¿Has encendido lumbre?

Mencieta.-Aquesso quería hazer.

Pascual.-¿Qué haze Guadalupe?

Mencieta.-¿Guadalupe, señor? Mi ánima fuesse con la suya.

Pascual.-¡Cómo! ¿Qué tiene?

Mencieta.-Bien será menester un trompeta bastarda para que recuerde.

Pascual.-Pensé que tenía mal alguno, que ya me avías alterado.

Mencieta.-Tal mal passe por Mencieta.

Pascual.-¡Qué!, ¿nunca te ves tú harta de dormir? ¡Eso te falta!

Mencieta.-Calla ya; no ha cerrado la persona el ojo cuando ya tiene el despertador a los oídos, como quien se ha levantar á tomar purga ó velar novios.

Inés.-¡Mencieta, Mencieta!

Mencieta.-Señora, señora, apriessa, que repican á fuego; no nos dexé Dios reposar, amén.

Inés.-¿Dónde pusiste el tabaque de la yesca?

Mencieta.-Encima del banco de la herramienta.

Inés.-¡Ay, amarga de mí! ¡Jesús, Jesús, si no me he echado todo el candil encima! Plegua Dios que quien aquí te puso que malos padrastrós y mal panarizo le nazcan en las manos.

Pascual.-¿Con quién lo avéis?

Inés.-Ausadas, Mencieta, si tú no me lo pagares, no me tengas por hija de Antón Ramírez Ruiz, Alvarez, Alonso de Pisano, Ureña de Pimentel.

Mencieta.-¡Jesús! ¿Y a qué effecto se torna á mí?

Pascual.-¿Encarrillárades más nombres, la de los misterios?

Inés.-Bien los puedo poner, pues que mi padre, sancta gloria aya, fué cuestor, que en cada lugar se ponía su nombre.

Pascual.-Y el Pimentel, ¿de dónde le vino?

Inés.-¡Ay, dolor de mí! De la pimienta que vendió en esta vida siendo especiero tres años, dos meses y medio y cinco días. ¿No veis vos que de pimentibus sale Pimentel?

Armelina.-Buenos días les dé Dios.

Inés.-¡Jesús, hija Armelina! ¿Á qué te has levantado tan de mañana?

Armelina.-En toda esta noche no he pegado más los ojos que agora.

Inés.-¡Ay, amarga! ¿Y de qué?

Armelina.-Esta cabeça parece verdaderamente que se me parte en dos partes.

Inés.-Ya, ya; de la lexía que debía estar fuerte. Çahúmate, hija, con un poco de romero y de ruda; también es buena el açufrán

romí tomado en ayunas con el agua de filibus-cepa.

Pascual.-Que no será nada.

Inés.-Llégate acá, hija, santiguarte he esta cabeza. «En el nombre sea de Dios, que no empezca el humo, ni el çumo, ni el redrojo, ni el mal ojo, torobisco, ni lantisco, ni ñublo que traiga pedrisco. Los bueyes se apacentavan y los ánsares cantavan. Por ahí pasó el ciervo prieto, por tu casa, de cabeça rasa y dixo no tengas más mal que tiene la corneja en su nidal; assí se aplaque este dolor como aquesto fué hallado en banco de un tundidor.» -Calla, hija, que no será nada, con la ayuda de Dios.

Pascual.-¡Suso! que es medio día; entrar, oíslo, á hazer levantar esse moço, y comiencen [á] andar essos fuelles.

Inés.-Ya voy, marido.

Pascual.-Yo también quiero entrarme, que si yo no ando en todo, maldita la hazienda que se haga.

Armelina.-Y aquí quiero quedarme, señor.

Pascual.-Queda enhorabuena; y tú, Mencieta, porque le tengas compañías.

## Scena segunda

### Interlocutores

Armelina, dama.-Mencieta, moça.-Guadalupe, simple.

Mencieta.-¡Ay, señora!, en mi ánima si pensé que acabara oy su madre. ¡Jesús y qué ha encaramado de disparates!

Armelina.-Ansí son aquestos viejos. Yo por reir dixé que me dolía la cabeça, y por oír aquellas vejezes.

Mencieta.-¡Y qué estudiado que lo tiene!

Armelina.-Maldita la cosa sino lo que á la boca se le viene, que como ya caduca en edad habla más que sabe, especialmente que aquestos viejos no son más que niños.

Mencieta.-Estotra mañana estavan hablando mi señor y mi señora muy en secreto, y no pensando que yo los escuchava, dezían no sé qué de vuessa merced.

Armelina.-¿De mí? ¿Y qué?

Mencieta.-Pues dame albricias.

Armelina.-Buenas sean; ¿qué hay?

Mencieta.-Que según parece andan por casarte.

Armelina.-¿Todo eso era? En mi pensamiento están. ¿Y con quién, Dios en hora buena sea, si entendiste?

Mencieta.-Con un hombre muy honrado.

Armelina.-¿Y quién?

Mencieta.-Con el çapatero que enbiudó estotros días.

Armelina.-Yo te creo, que mi ventura es tal, que aun para lo que yo merezco es muy alto casamiento aquesse. Mas calla, que no sé

quién viene.

Guadalupe.-Agora no creáis sino el que á riedro vaya ordena unas cosas que no puedo entender dónde diabros las añasga ó las arguye, que estoy en pie y no atino más á abrir los ojos que si nunca los tuviera. ¡Válame el santo que está entre Fregenal y el Almadén! Á él me offrezco y le prometo unos ojos de la color destos míos, de cera, pez ó estopa, ó de miel de Cerrato. ¡Oh, desventurado de mí! si los puedo tener abiertos dos cantos de melón, que luego no se friegan, como bolsicón de echar aguinaldo. En fuerte punto me parió mi madre si me tengo de quedar así.

Mencieta.-¿Qués esso, Guadalupe?

Guadalupe.-¿Eres tú, Mencieta?

Mencieta.-Sí, hermano; ¿de qué te vas lamentando?

Guadalupe.-¿No ves, hermana, que apenas abro los ojos cuando luego se me caen las compuertas como postigo de golpe ó puerta caladiza de portal?

Mencieta.-El asno aun se debe venir todavía durmiendo y no atina.

Guadalupe.-Ansí biva Alonso, el porquerizo de Medellín, el tío de mi mujer, como es esso. Deve de ser de herencia que mis peccados grandes me han dado.

Mencieta.-¿Qué darías por sanar?

Guadalupe.-¿Qué? Toda una semana prometería al Abad de Monserrate dormir en pie y vestido como mi madre me parió.

Mencieta.-Mucho es esso.

Guadalupe.-¡Ah, mi madre! Por sanar pardiez me aborreciesse estarme dos horas y media sin desayunarme sino huese de pan ó de alguna cocina ó algo semejante.

Mencieta.-¿Duélenle los ojos?

Guadalupe.-Que no, dolos al diablo, sino que se añublan de suyo.

Armelina.- Mas de sueño.

Guadalupe.-Y si es de lo que vuessa merced dice, ¿hay remedio, señora?

Armelina.-Pregúntaselo á Mencieta.

Guadalupe.-Mencia, hermana, ¿sabes tú algo para contra ojos adormidos?

Mencieta.-Mil medecinas hay.

Guadalupe.-¿Mil, eh?; dime un par dellas.

Mencieta.-¿Y para qué un par?

Guadalupe.-Para cada ojo la suya.

Mencieta.-¡Ah, dizes bien; aguarda un poco! Tápate muy bien los ojos con las manos, que no veas cosa ninguna.

Guadalupe.-¿Estoy bien?

Mencieta.-Sí; buélvete de espaldas, y si algo te doliere, no hables, que te quedarás ciego para todos los días de tu vida.

Guadalupe.-Haz, que yo callaré hasta que tú lo mandes.

Mencieta.-Está quedo, tonto.

Guadalupe.-No ahí, Mencieta, no ahí: ¿está el mal en los ojos y enxálmame las espaldas?

Mencieta.-Pues de ahí te va la salud a los ojos.

Guadalupe.-Bueno creo que estaré ya, Mencieta.

Mencieta.-Pienso que sí.

Guadalupe.-Plega Dios que no sea de menester alguna sangría, que mucho me duele aqueste enxalmo que me pusiste. ¿De qué era, por tu vida?

Mencieta.-De un poco de enxundia de gallina y otro poco de levadura.

Guadalupe.-Demasiada levadura pusiste.

Mencieta.-¿Por qué?

Guadalupe.-Porque era muy duro aquel empastro.

Mencieta.-¿Agora puedes bien abrir los ojos?

Guadalupe.-Sí, pero es menester rogar a Dios que los pueda bolber a cerrar, que, pardiez, como el cozimientto está en las costillas, de tu melezina, los ojos me haze tener como candelas, y aun será maravilla que no me acuda después el sueño en una quinzena de días.

Mencieta.-No es mucho.

Guadalupe.-Mira, Mencieta: aunque otra vez me veas ciego y rezar oraciones, no me cures.

Mencieta.-¡Mira qué mercedes! Hazed bien á semejantes.

Guadalupe.-Da el diablo aquessas semejanças; sé que otras veces me han curado á mí, mas tú tienes muy pesada la mano. Yo te juro y te aconsejo que cuando grande no tomes officio de casamentera.

Mencieta.-¿Por qué?

Guadalupe.-Porque no es mucho que dure un casamiento hecho de tu mano más que la memoria del Cid Ruy Díaz.

Armelina.-En fin, ¿que ya vas sano?

Guadalupe.-Dad al diablo sanidad, señora, cuando comiença otra dolencia de nuevo.

Mencieta.-¡Bueno está esso! Por no pagarme hazes agora esos entremeses.

Guadalupe.-¿Y qué entra en una melezina de essas?

Mencieta.-Más de real y medio.

Guadalupe.-¿Real y medio? Barato es si se me afloxasse esto de las costillas. ¿Y qué me durará este escozimientto?

Mencieta.-Hasta que gaste el humor, que será quinze ó veinte días.

Guadalupe.-Da al diablo tu cura; pues una modorra sana al catorzeno cuando mucho, y dura una melezina de tu mano en sanar veinteno.

Mencieta.-¿Dónde vas?

Guadalupe.-Á buscar quien me cure destos socrocios ó cataplasmos.

Mencieta.-Ven en buena hora, y mira muy bien por allá fuera algún amigo tuyo que se quiera curar como tú has hecho.  
Guadalupe.-No, no, Mencieta; no te pongas más en esse officio, que yo creo que no cobrarás muy buena fama con estos tus enxalmos. Queda con Dios.  
Armelina.-¡Maldita seas!, que reir me has hecho.  
Mencieta.-Entremos, que ya por las calles comienza a rebullir gente.

Scena tercera

Interlocutores

Diego de Córdoba, çapatero.-Rodrigo, casamentero. Mencieta, moça.-Guadalupe, simple.

Rodrigo.-Mirad, señor Diego de Córdoba; yo os prometo de no partir mano del negocio hasta tenello concluido, ó perderé sobre ello la gorja. ¿Haos visto la señora desposada?

Diego.-Mil vezes, y aun con el otro vestido nuevo. Si no me desecha por este lobanillo que tengo... Mas yo creo que no nos desavendremos. ¿Qué os ha dicho Pascual Crespo, su padre?

Rodrigo.-Él contento está; la moza no creo yo que se desagradará de vos, siendo como sois hombre honrado, de buena edad y fama, rico, y demás desto buen official: ¿qué os falta?

Diego.-Y gentil hombre y bien vestido. Pardiez, un jubón compré el otro día cuando me quité el luto que se lo podía poner el mejor de la villa.

Rodrigo.-Descubríos un poco la capa, que estamos cerca de su casa y podría ser ponerse la moça á la ventana.

Diego.-No, que agora vengo de rebuelta.

Rodrigo.-Quitaos aquesse devantal; daldo al diablo.

Diego.-¡Oh, peccador de mí!, á estar la señora á la ventana.

Rodrigo.-Téngoos yo vendido por el más hermoso y Político hombre que hay en toda esta tierra, y vos venís por la calle con aquessos argamandees, ¿abéisos lavado la cara? ¡Mirá qué manos para venir á vistas!

Diego.-Por cierto y por la verdad lavado me he, que el gumaque me tiene parado las manos desta suerte; mas la puerta abren y no sé quién sale.

Rodrigo.-Políos y habló autorizadamente; no mentéis cossa del afficio, ni por pensamiento, que la moça aun no sabe que sois official.

Diego.-No, no; yo estaré sobre el aviso; ¡válame Dios!

Guadalupe.-Y si no hallare huevos, ¿qué traeré?

Mencieta.-Traeremos sardinas, como señor dixo, para que almuerce essa gente. ¡Ay de mí!; Guadalupe, cata el desposado.

Guadalupe.-¿Cuál desposado, Mencieta hermana?  
Mencieta.-Habla passo. El que pretende ser de la señora Armelina.  
Guadalupe.-¿Y qué haze al caso que hable rezio?  
Mencieta.-¡Calla, que viene hazia acá!  
Diego.-Guárdeos Dios, señora donzella.  
Mencieta.-Yo beso las manos de v. m., señor.  
Diego.-¿Dónde bueno, hija mía?  
Mencieta.-¿Conósceme vuessa merced, por ventura?  
Diego.-Y muy bien: ¿no sois vos criada del señor Pascual Crespo, el herrero?  
Mencieta.-Sí, señor...  
Diego.-¿Qué haze vuestra señora, la moça?  
Guadalupe.-En toda esta noche no ha podido reposar.  
Diego.-¡Jesús!, guárdela Dios; ¿y de qué?  
Guadalupe.-De pensar en vuessa merced.  
Mencieta.-Calla, asno. En verdad, señor, que miente.  
Diego.-Yo os asseguro que algo deve de ser cuando el moço lo dice. ¿Qué le parece, señor, si va la cosa desaviada?  
Rodrigo.-Ansí es menester.  
Diego.-DezÍ, hija: ¿hanle dicho como me quiero casar con ella?  
Guadalupe.-Pues ¿de qué piensa que ha estado esta noche tan pensativa?  
Diego.-Yo te creo.  
Guadalupe.-Guárdenos Dios, señor.  
Diego.-¿Y de qué, hijo, assÍ hayáis ventura?  
Guadalupe.-¿De qué, señor desposado?: de amores.  
Diego.-¿Qué?, ¿qué?, ¿de mí?  
Guadalupe.-Que no, sino de aquesse devantal; que le han dicho que haze vuessa merced maravillas, y que es el mejor hombre de echar un remiendo en un çapato que hay en todo su linaje.  
Diego.-¿Yo, remiendo? Por cierto que le han mentido. ¿Soy negro official de obra prima? ¡Mirad qué testimonio tan grande!  
Guadalupe.-Sí, sí; ansÍ creo que le dixeron, y que en casa de vuessa merced ponen unas ollas por milagro.  
Diego.-¿Cómo por milagro? De bien guisadas querrás dezir.  
Guadalupe.-No, sino cuando en su casa se ponen lo pueden contar por milagro; porque no se acostumbran de poner sino de cuatro en cuatro meses, como á tercio de alquiler de casa.  
Diego.-¡Jesús, Jesús!, ¿tal le han dicho? Por mi conciencia que es levantamiento; si no dígalo el señor casamentero.  
Guadalupe.-De lo que más mi señora se ha enamorado es de su buena cara.  
Diego.-Eso bien puede ser.  
Guadalupe.-En verdad que hablando el otro día en vuessa merced, estándole alabando sus faiciones, no faltó quien dixo: «¡Bendita sea tal cara, que en mi alma que no parece sino boñiga de buey en mes

de mayo!»

Diego.-¿Quién dijo tal? Algún vellaco malicioso. ¡Ah, que no se escapará hombre de malas lenguas!

Mencieta.-Déxele, señor; que devanea.

Guadalupe.-¿Que devanea? ¿Tú no oíste dezir que en su poder ternía muy conservada la dentadura?

Diego.-¿En qué?

Guadalupe.-En estirar las pieças de los cordovanes con los dientes, y que por esso tiene vuessa merced las manos tan conservadas de tratar las suelas, que parecen las coyunturas ñudos de guindo ó de alcornoque.

Diego.-Por esso tengo unos guantes para las fiestas. ¿Hay tal cosa en el mundo?

Guadalupe.-¿Qué bien le deben de armar!

Diego.-¿Por qué no?

Guadalupe.-Sí, sí; bien creo que le assentarán á vuessa merced como á la negra el afeite.

Mencieta.-¿Conoscerá aora vuessa merced si está chacotero el moço?

Diego.-Pues yo os prometo, don asno, que si os echo mano que vos me lo paguéis.

Rodrigo.-Déxele, señor.

Diego.-Y que si vuestro amo no os castiga, que no me tenga por amigo.

Mencieta.-Vamos, diablo.-Señor, perdone.

Diego.-Perdóneos Dios, hija.

Guadalupe.-Señor desposado; no dexé vuessa merced de feriar esse gesto á unos fuelles, y haréis más provecho á mi amo; y no os atreváis más de pasar nuestra calle, si no podrá ser que bolváis cargado de leña seca, porque verde no la hay en casa.

Diego.-¡Aguardá, don tacaño!

Rodrigo.-Dexaldo, que no es de hazer caudal de quien no sabe lo que se dice más que una alforja.

Diego.-Calle, señor; ¿paréscele que para un hombre que pretende lo que yo, que es bien irle con semejantes razones?

Rodrigo.-Vos mismo dais ocasión á todo. Políos, políos, ¡pecador de mí!, que me parece á Armelina la que está á la ventana.

Diego.-Blanquear veo; no sé si es ella.

Rodrigo.-Pues ¿quién ha de ser? Fingid que soy vuestro moço y preguntadme algo delante della, porque parezcáis hombre de pundonor, y no mentéis cosa del officio ni por pensamiento.

Diego.-Bien me dezís, ¿Oyes, moço?

Rodrigo.-Señor.

Diego.-Ven acá: aguija á casa de mi compadre Pero Alonso, que me haga merced de aquellos contraortes y aquellos chambariles, digo, aquellas guarniciones para el çapato sobresolado.

Rodrigo.-¿Qué dezís?

Diego.-Digo para el cuartago.  
Rodrigo.-Sí haré, señor.-Encomendaos, ¡pecador de mí!, que os destruíis vos mismo.  
Diego.-No avía mirado. ¿Pusiste en cobro aquellas hormas?  
Rodrigo.-¿En qué pensáis?  
Diego.-No quise dezir sino aquellas almohadas.  
Rodrigo.-¿Tantas almohadas habéis de tener?  
Diego.-Mirad: sacarme á mí de curso es echarme á perder y destruirme. Mas callad, que agora lo enmiendo todo.  
Rodrigo.-Vaya.  
Diego.-Aparéjame aquel boix y aquellas tixeras, digo, aquel peine y aquella limpiadera.  
Rodrigo.-¡Válaos quien quiera! Hablalde y será mejor.  
Diego.-¿Que le hable? Ven tras mí, moço.  
Rodrigo.-Soy contento.  
Diego.-Illustre señora.-¿He empeçado bien?  
Rodrigo.-Bien.  
Diego.-Piel anchíssima, blanda y amorosa que cubre mis quemantíssimas entrañas; afilado trinchete para cercenar la penetrante vira de mi penado çapato, y corcho de mi mal forjado plantufo.  
Rodrigo.-¡Passo, passo!  
Diego.-Y finalmente, alezna y aguja que atraviesa de parte á parte el rhetoricado corazón mío.  
Rodrigo.-¡Oh, peccador de mí!, que todo lo habéis enlodado y echado á perder. En verdad que no avéis dexado aparejo ni herramienta en todo el officio.  
Diego.-En ver á la ventana á mi esposa no atino á dezir cosa á derechas.  
Rodrigo.-Aun como avéis tenido ventura.  
Diego.-¿En qué?  
Rodrigo.-Que es un paño que está puesto á la ventana á enxugar.  
Diego.-Por su vida, abráceme y vamos de aquí antes que otro peor nos suceda.  
Rodrigo.-Vamos.

Scena quarta

Interlocutores

Justo, gentilhombre.-Beltranico, paje.-Viana, padre de Justo.-Mulien Bucar, moro.

Justo.-Esta es, Beltranico, la casa de aquel herrero donde digo que bive aquella hermosa donzella que algunas vezes te he contado, la cual tan esquiva se me enseña, que aun á la cara jamás con buen semblante se digna mirarme.

Beltranico.-Dime, señor: ¿y sabe si es hija suya, de aqueste Pascual Crespo?

Justo.-No curo nada de saber cúa hija es; basta averme parecido bien, que en lo demás, ¿qué me va á mí saber si es hija suya ó de quién? Yo la he visto en casa del herrero, y no quiero saber más.

Beltranico.-Dígolo porque parece moça de gran recogimiento para ser hija de hombre tan baxo. Pero dime, señor Justo: ¿tu padre qué piensa hazer á cabo de cinco ó seis meses que andamos vagando por estas calles, comiendo sin provecho lo que terníamos escusado?

Justo.-Yo te lo diré. Hásele assentado en la memoria que en este pueblo ha de hallar á su hija Florentina; porque allá en Bolonia, antes que partiésemos, se lo dixo un sabio, de nación griego, que sin duda la había de hallar en esta ciudad, y él piensa no partirse hasta descubrilla ó morir en la demanda; y ella debe de estar ya con los muchos.

Beltranico.-Eso como en la mano.

Justo.-Passémonos á estotra esquina de calle, por ver si podré gozar de la vista de mi señora Armelina.

Beltranico.-Á Mencieta, su criada, querría hablar, que me ha prometido certum frasquis, y sé que no sería mal tercero para tu negocio.

Justo.-Desviémonos un poco, Beltranico, que aquel hombre que viene parece mi señor.

Beltranico.-Sí, él es; vamos de aquí.

Viana.-Aunque en los trabajos de esta miserable vida, los que en ella bivimos por diferentes maneras los padezcamos, el mío en grado es superior excessivamente padecido, pues son passados casi cinco meses que en este pueblo resido, donde aquel griego me certificó que hallaría a mi amada hija Florentina, la cual de una casa de plazer, de edad de cuatro años me fué robada de Viana, un pueblo donde yo nascí, por cuya falta, un hijo adoptivo he con harto trabajo criado; y él con algunas mocedades de mi obediencia se aparta, pues por muy cierto me han avisado que de una hija de aqueste herrero que en esta casa bive anda sin juizio enamorado. Dios lo provea mejor que yo lo imagino, y con dichosa vuelta á Viana, nuestra mi cara patria, con saluz y gozo nos retorne. Soime salido por estos arrabales, donde en una casilla de aquestas bive un moro granadino que dizen que en muchas artes es abilíssimo, especialmente en descubrir hurtos y cosas perdidas; y, según las señas, esta casa es la suya. ¡Ola! ¿Quién está en su casa?

Moro.-¿Quin llamar, quin llamar? ¡Ola! ¿Pinxastex quinxordamox porque traquiltraque?

Viana.-Perdonad, buen hombre, que á pensar que hazíamos enojo, de otra suerte se hiziera.

Moro.-No hay aquí perdonanax, amego; extá la perxona lo que complimox, y voxotrox, voxtra merxe agora en extorballe un palabra

no max, baxer que perdemox cuanto ex trabaxado.

Viana.-Buen hombre...

Moro.-¿Par qué bon hombre? Mirar xistar voz bon hombre: falar de tra xuerte.

Viana.-Hombre honrado, no toméis pesadumbre, que mi intención no fué offenderos ni enojaros; antes soy venido á buscar tal medicina de vuestras manos cual soy informado y siento que me podréis dar.

Moro.-Aya, xiñor, dexter que querer prexto qui buxcar, porquexamos faxendo gerto experimento ó como liamar.

Viana.-Señor, sabiendo vuestra habilidad, quise acorrer á vos, que vuestra buena fama se estiende de manera que yo creo que avemos allegado á buen puerto.

Moro.-¡A, piccador de mí! Hablamos prexto. ¿Para qué tanto rebolver palabrax? Dexter «esto quero, esto mando», y xerrar al pico; un palabra baxta. Á buenox palabrax poco entendedores.

Viana.-Señor, yo soy extrangero, y tuve una hija en un pueblo llamado Viana, donde yo soy natural, y me fué hurtada de una casa de plazer, siendo niña; ha mucho tiempo que la busco. Si en vuestra sabiduría consiste alguna habilidad con que yo salga de trabaxo, buscaldo, y sea á costa de mi hazienda.

Moro.-Dexter, señor: ¿cómo liamaxtex?

Viana.-Señor, Viana.

Moro.-¿Cómo liamar al fija?

Viana.-Florentina.

Moro.-¿Y al terra voxtra?

Viana.-Viana, que de allí he tomado el apellido

Moro.-¿Qui xon pellido?

Viana.-El nombre, señor.

Moro.-Yantendemox, dexter; señor: ¿tener boxtra reberenxa bon ánimo é bon xofrimento?

Viana.-Señor, yo creo que no faltará.

Moro.-Haxerte prexto á un vanda y caliar al pico: no tener pavor si querer aliar tu fija. «Aya box Platón, gran señor da quel excorro y gran temerexo reino, conxorro voz también. Proxorpena querida, daquisti infernal xiñor, por aquel poder que xobre las infernales sombras vox tovextex concedido ox apremio que vixta aquexa mi petixón membiar logo logo á la antigua mágica Medea, naxida en ixla liamada Colcox, por cuya gran xabiduría aquel dorado Beloxino por las mainox del benturoso Jaxon, en el templo de Marte fué con no pequeno trabaxo ganado». Aya, aya, xinora Medea, venir á mi llamamiento.

Medea.-¿Qué es lo que dizes Mulien Bucar, que tan apremiados tienes á los que en las profundas tinieblas y oscuros sitios moramos? Vesme aquí: yo soy aquella que por los amores de aquel mancebo que tú sabes fui fratecida, desmembrando en pieças menudas á mi pequenuelo hermano Absirto, porque el viejo padre de entrambos,

en tanto que yo huía de su vista, por seguir al mi Jason, recogiendo los esparzidos y sangrientos pedaços del amado hijo, por algún espacio de tiempo se detuviesse, en tanto que yo, con mi nuevo esposo, en las naves me recogía; sin otras cosas que, assí por mi sabiduría como por mi crueldad, biviendo procuré effectuar. Assí que, vesme por tu mandamiento apremiada, mira lo que mandas, que en todo y por todo serás obedescido.

Moro.-Medea fija, ben te conozcox, ixta extar cauxa que te faxemox benir á nostro mandamento: dexirme, infernal perxona, dónde morar, en qué rigión y qué reinox, en qué terra, un moça daquel quixtar prexente. Dexérmelo aya; haxer lo que mandamox para aquel xobrado poderío que xobre lax yerbax, xobre piedrax, enxima danimalex y max xobre las infernales potencias mi gran xabiduría me conxede.

Medea.-Has de saber que en esta ciudad bive, y en una casa no muy á su contento; con brevedad conviene buscalla antes que por el extremo en que está puesta haga algún desvarío. Y porque tu pregunta no se estiende á más que saber en qué rigión aquessa que buscas mora, voime donde mis penas en tanto que los siglos duraren no se verán aniquiladas.

Moro.-Anda vete, y dar mix encomendaxonex á Platón, Proxorpina, y dar mix bexa-manox á Canxerbero y á lo de max, que quedamox para todo xu xerbixio.-¡Ah! ¿Qué te parexer, xeñor honrado? ¿Tenerlo todo ben entendido?

Viana.-Muy bien, señor, y tome por el trabajo passado.

Moro.-Alá te dar xalud como te dexeamos. Parduna, xiñor, quel tempo dexcobrir al que queremos.

Viana.-¡Oh soberano Dios! ¿Qué es lo que he visto? Pero agora que sé que está en este pueblo, conviene no reposar un momento hasta descubrilla. Pero ¡ay de mí! ¿En qué extremo tan grande es en el que está puesta mi hija que dizen que conviene hallarla brevemente antes que á las infernales furias abaxe con alguna muerte breve, que con sus manos á su propia persona se busque? Voime ya; que aquel que me ha concedido saber lo uno, lo demás no me niegue.

## Scena quinta

### Interlocutores

Armelina, dama.-Neptuno, dios de los mares.-Mencieta, moça.-Pascual Crespo, herrero.-Diego de Córdoba, çapatero.-Guadalupe, simple.

Armelina.-Grandísimo trabajo es bivar el hombre al descontento suyo y ser apremiado [á] hazer alguna cosa que contraria sea de su voluntad. ¡Ay, mezquina! ¿Pues cuál otro mayor que en el que yo al presente estoy puesta, procurando este Pascual Crespo de darme por vía de matrimonio desdichado á un hombre á quien la Natura otra

gracia no le ha concedido sino coser zapatos, y que aquestos mis viejos tan acosada me traigan a que yo lo acepte con toda brevedad? Por la cual ocasión me voy sin esperanza alguna de bivar á los desiertos y solitarios riscos; donde las fieras de mi desdichada persona puedan hazer á sus hijos cevo y para sus crueles dientes pasto; y si ventura tal no me quiere conceder, del más empinado lugar que encima del mar tempestuosa caiga, determino lanzarme. Mas ¡ay ventura cruel!, ¿quién viene hazia acá? ¡Ay triste de mí y qué horrible gesto!

Neptuno.-Tus palabras ociosas, Armelina, me han traído y sacado de las muy encovadas peñas y tremibundas ondas donde está mi señorío y morada, juntamente con los delfines, peces, buseos, vallas y más las anchas tortugas, á quien Natura de fuertes conchas armó, me sirven y hazen reverencia; y si quieres saber mi nombre y mi apellido, sábetelo que yo soy Neptuno, señor y possedor de las posesiones y peñascos marítimos; también el que en los naufragios á las naves que por mis anchas ondas navegan suelo á unas favorecer y assimismo á otras anegar, donde solamente á Eolo, dios y señor de los vientos, reconozco obediencia, el cual muchas vezes con su furia á los peces que tengo en mi servicio suele encerrar en los escondrijos y cavernas huecas por huir su furor. Y como te oí dezir que en mis hondas determinavas hazer sacrificio dessa tu vida, no quise consentir en tu desesperación y desseo. Ven conmigo, que aunque fuera de tu voluntad, antes de mucho serán reducidos tus trabajos en un sosiego y quietud agradable.

Mencieta.-¡Ay amarga de mí, y qué merezco yo! ¿Tenía yo cargo de su guardia, ó tenía yo las llaves de su aposento que así me maltratan? Tienen ellos la culpa y buélvense á mí.

Pascual.-¿Qué culpa, mala hembra? Buelve acá, que pues tú dormías en su retrainiento, tú me dirás qué se ha hecho della.

Mencieta.-Sí, sí, aguarden que yo lo diga. Estaba la otra hecha una bívora porque la querían casar contra su voluntad; ¡mirá qué milagro que se fuesse como desesperada por esse mundo!

Pascual.-¿Cómo contra su voluntad? ¿Y no le venía muy ancho á ella quererla yo dotar en mi hazienda y casalla con un hombre tan honrado, no siendo mi hija? ¡Haced honra á semejantes!

Mencieta.-¡En esso se tenía ella! Dezía que era hija de un hombre de los más principales de todo su pueblo.

Pascual.-No me pesa sino de lo que las gentes dirán y por la deshonor que á mi casa se le pega; que ya que la avía criado, quisiera ponella en buena parte.

Diego.-¿Qué aquesto que me han dicho, señor Pascual Crespo?

Pascual.-Señor Diego de Córdoba, ya veis; parésceme que se nos ha ido la desposada.

Guadalupe.-Mencieta, mira que te llaman allá fuera.

Mencieta.-¿Y adónde?

Guadalupe.-Á la puerta de la calle.

Mencieta.-¡Á mí á la puerta de la calle! ¿Y quién?

Guadalupe.-Habla passo, que me dixo que te lo dixese en secreto.

Mencieta.-Déxate de secretos.

Guadalupe.-¡Válate el diablo!; no quiere el otro que lo sepa señor, y tú tienes más pico que aguja de Sant Germán.

Pascual.-Y aun con esos secretos anda mi casa de tal suerte.

Guadalupe.-Que yo ya digo lo mismo, señor, ¿quién diabros te mete á ti abraçar á hijo de nadie en la casa puerta, ni dalle pañuelos? Yo no lo digo por rebolverte con señor, ni quiero que se diga de mí que soy chismerero; mas la assadurilla del cabrito que el otro día faltó de la escarpia, ¿quién la comió, si te acuerdas?

Mencieta.-¿Yo qué diablos sé?

Guadalupe.-No te enojés; como se la presentaste á aquel moçuelo que está á la puerta, hezísteme sospechar qué se la avía comido.

Anda ve, que te aguarda, y pues que no es tu primo ni tu hermano, no le des lo que falta de por casa, que hazes sospechar sobre los gatos, y no es buen exemplo.

Mencieta.-¡Ay, qué grande levantamiento, válgame Dios!

Guadalupe.-Anda, ve, y pues le mandastes venir, busca algún mal alçado que le des, porque no venga en valde.

Mencieta.-¿Y qué tengo de buscar, boca de mentiras?

Guadalupe.-Otra assadurilla como la de marras y otro gato á quien levantar otro testimonio.

Pascual.-¿Qué le parece, señor Diego de Córdoba, que tenga yo en mi casa quien me robe para dar á quien se le antoja?

Diego.-Cosa brava es servirse el hombre de hijos ajenos.

Pascual.-Ven acá, hija Mencieta; ¿quién es aquel que te busca?

Mencieta.-Que no debe de ser, señor, sino una moceta, hija de una tía mía, y aquéste, como es tan grande asno, desatina.

Guadalupe.-Es verdad que desatino, mas como lo veo con calças y con capa y gorra, pienso ques moçuelo.

Pascual.-¡Ah, traidora!; acabad, dezí quién es aquel.

Mencieta.-¡Ay, señor!, no me apremien, que yo lo diré.

Pascual.-Pues di, veamos.

Mencieta.-Un mocito es, criado de un extranjero.

Pascual.-¿Cuál extranjero?

Mencieta.-Uno que está aquí con su padre, el cual viene en busca de una hija suya.

Pascual.-¿Qué conoscimiento tenías con él?

Mencieta.-Señor, verle passar por esta calle.

Pascual.-¿Y por qué passaba y á que effecto?

Mencieta.-No lo sé, señor.

Guadalupe.-Sí sabe, señor, que miente.

Diego.-Di, hija mía, la verdad, que yo le rogaré á tu señor que no te haga daño.

Pascual.-¿Por quién era el passeio?

Mencieta.-Por mi señora la moça.  
Pascual.-¿Cómo lo sabes?  
Mencieta.-Él me rogó que le hablasse de su parte.  
Pascual.-¿Y tú hablas[te]le?  
Mencieta.-No osava, señor.  
Pascual.-¿Por qué no osavas?  
Mencieta.-Por el gran recogimiento de mi señora.  
Diego.-¡Buen recogimiento; pues parece por el indicio que él mismo se la ha llevado!  
Pascual.-Señor, aquesso la Justicia lo averiguará. ¿Y qué te quería á ti aquel moçuelo?  
Mencieta.-Señor, prometióme un rosario.  
Pascual.-¿Para qué te lo prometía?  
Mencieta.-Diz que se quería casar conmigo.  
Guadalupe.-Pues ¡válgame el diablo!; ¿no alcançavas con la mano un prato del vasar y querías ya tener breço en casa?  
Mencieta.-No, sino avíame dado palabra para cuando fuesse grande.  
Guadalupe.-Ya, ya; abrazábasle tú agora para no quedarte en jolite ó apollada en un rincón.  
Diego.-¡Sus, señor!; vamos de aquí y préndase aquel moço, que él dirá la verdad apremiándole.  
Pascual.-¿Y dónde bive aquel moço que dizes?  
Mencieta.-Señor, en la placeta vieja; ya sé su casa.  
Guadalupe.-¡Mira si sabrás!  
Pascual.-Échale mano, Guadalupe, no la sueltas.  
Guadalupe.-Teneos por presa, señora Mencieta, y por alcahueta.  
Mencieta.-¡Passo, diablo!  
Guadalupe.-¡No me muerda, señora desposada por los pesebres!  
Mencieta.-Mal me logre, don Sangual testimoniero, si no os hago dar más palos que pueda llevar una acémila.  
Guadalupe.-Anda, anda, rapaza; cara sin vergüença.

Scena sexta

Interlocutores

Armeline, dama.-Neptuno, dios de los mares.-Justo, gentilhombre.-Beltranico, paje-Mencieta, moça.-Alguazil  
Armeline.-Dime, señor: ¿qué vida tan estraña es aquesta que quieras que sufra, ó á qué effeto quieres y permites que yo me conserve en tu compañía siendo tu género tan diferente del mío? Dame licencia, si eres servido, que yo pueda buscar la muerte ó el remedio por otra vía; que tu conversación, á la verdad, presencia [y] morada, difficultosamente se pueden soportar.  
Neptuno.-Más sano que pronunciar semejantes palabras, ¡oh,

Florentina!, te sería procurar passarlas en silencio, que mi morada, presencia y conversación poco perjuizio te pueden hazer.

Armelina.-¿Florentina? No es éste mi nombre.

Neptuno.-Eslo y tu proprio natural, y el mío Neptuno, que en los tiempos que Ariadna fué desamparada de Teseo, aviendo por industria della conquistado aquel espantable Minotauro, dentro del laberinto que Dédalo, por la traición de Pasifé edificó, yo fué el que á la moça, ya desamparada de las fugetivas naves y del falso amante engañada, en los altos riscos, á las aguas de mi mar consagradas, procuré de amparar, mandando á las furiosas ondas que en sossiego estuviessen en tanto que Baco, dios de la embriaguez, en los carros regidos y gobernados por los tigres furiosos por amiga se la llevasse, á la cual, después de atravessada á la región del aire y los húmidos celages, una corona de estrellas en el cielo por su memoria dedicó. No creas, pues, Florentina, que mi intención está con menos propósito para lo que á ti te toca. Calla, por ende, y no te fatigues tanto, que rebuelto está mi negocio á causa tuya, el cual antes de muchas horas fortuna rodeará á ti y á quien no consideras bien apazible y próspero.

Armelina.-Lo que te ruego, señor, ya que á tu poder soy venida y por aquesta cuitada determinas hazer, me digas y me declares en qué manera fuí hurtada de poder de mis padres y traída en poder de aqueste herrero, ó qué infortunio fué el que me siguió en tan tierna edad.

Neptuno.-Como en aquella era tú tuviesses madrastra y no madre legítima, un pariente tuyo te hurtó de noche, viendo que la malvada mujer de tu padre procurava por todas vías tu mal tratamiento, y assí huyendo la presencia de la patria, donde tú naciste, otra mayor desgracia le sucedió, que aviendo por su desventura peregrinado y llegado que fué contigo á la isla de Cerdeña, fué salteado de cossarios, donde tú cupiste en suerte á uno dellos, el cual te trajo á vender, fingiendo que eras su esclava, en España, y en un puerto de mar harto conocido y arado de los ligeros vasos, assí del remo como de la vela, en Cartagena fuiste vendida.

Armelina.-¿Y quién fué aquel tan piadoso varón que ya, después de tantos trabajos passados por mí, se dignó á me comprar? Porque en aquesse tiempo, siendo yo tan niña, harto flaco servicio podía rescebir de mí.

Neptuno.-No faltó quien. Un hermano de aqueste herrero, el cual en aquella sazón por la mar mercadeaba, te compró, y estando al punto de la muerte, á este Pascual Crespo, hermano suyo, te dexó en gran manera encargada, y como hija te criasse y doctrinasse. Pero vamos de aquí y procura alegrarte, que no passará mucho tiempo que no sepas quién tu padre sea.

Justo.-¿Ques aquesto, señor?, ¿qué avéis conmigo?, ¿á qué efecto me lleváis preso?

Pascual.-Señor alguazil hazed vuestro officio.

Guadalupe.-Sí, sí señor; haced vos el vuestro, que yo también haré el mío en llevar asida esta cachonda.

Mencieta.-¿Has de arrastrarme?

Guadalupe.-Sí, que os puedo arrastrar y desarrastrar y llevar empinada, pues que el señor y el rey me lo manda[n].

Pascual.-Assid bien á esse tacaño; ponédmelo en la cárcel y á muy buen recado, que él dará cuenta de la demanda que le será puesta, ó dirá á qué efecto importunava á la rapaza que hablasse en secreto á la que yo en mi casa tenía. Ven acá, rapaza; ¿no es aqueste gentilhombre el que tú dizes?

Mencieta.-Señor, yo no sé nada.

Guadalupe.-Ansina rebientes por los ijares.

Mencieta.-¿Qué me pregunta á mí?

Pascual.-Di, traidora.

Guadalupe.-Di, putilla.

Pascual.-Calla tú y está quedo.

Guadalupe.-No, sino como vuesa merced dixo di, dixese yo entuences con la rodilla y todo que dixese.

Pascual.-¿No has confessado por tu boca que aqueste mancebo te importunava para que hablases á tu señora?

Mencieta.-Yo, señor, es verdad que lo dixese, pero hízelo de miedo.

Guadalupe.-Assí te ayude Dios como hay miedo ni vergüença en ti.

Pascual.-Di la verdad.

Mencieta.-Yo, antes consentiré sacarme la lengua por el colodrillo que diga palabra con que á ninguno ofenda.

Viana.-¿Qué es esto? ¿Á qué efecto avéis prendido á este mancebo, señores?

Pascual.-Á efecto que no pagará menos que con la vida.

Viana.-Señor, si alguna manera de piedad ó misericordia se halla depositada en tus entrañas, apiádate agora de aqueste viejo triste y extrangero y deste que preso llevas, que en cuenta de más que hijo tengo.

Alguazil.-La piedad será, honrado viejo, seguir su justicia, ó que le dé cuenta de una hija que le falta.

Viana.-¿Qué dizes, hijo?

Justo.-En verdad, señor padre, que nada le devo en essa parte.

Mencieta.-Ni menos esta triste de Mencieta.

Guadalupe.-¡Santa María, señora! Ávense, señores, á una vanda: ¿no veen qué extraño espectáculo assoma y qué muger con un antifaz sobre su rostro?

Pascual.-Estemos atentos.

Neptuno.-No hay que temer, señores; sossiéguense sin alteración ni espanto ninguno, porque mi principal venida no es más sino para daros cumplido contentamiento y afable regozijo á todos. Y quanto á lo primero, sabed que me llamo Neptuno, señor de las marítimas

aguas, sabidor de vuestros negocios; por eso tú, Pascual Crespo, no seas tan cruel, desata á tu hijo llamado Justo, el cual ya perdido pensavas tener.

Pascual.-¿Que éste es mi hijo, el que tuve siendo moço en mi amiga Cristalina?

Neptuno.-Éste sin duda; que sirviendo á un capitán por paje en la guerra que tuvo el rey de Ungría con el potentíssimo turco, por sus buenos servicios le dexó encomendado en el passo de la muerte con hartas riquezas y joyas como á tutor y padre á este señor que llaman Viana.

Viana.-Assí es la verdad.

Pascual.-¿Mi hijo? ¡Soltalde, señor alguazil, y abráçame, amado y charíssimo hijo!

Justo.-Déme sus manos.

Pascual.-Bendígate Dios.

Guadalupe.-¿Soltaré á Mencieta, señor?

Pascual.-Suéltala; acabemos.

Guadalupe.-Gracias á Dios que ya no soy porquerón de alcahuetas.

Neptuno.-Y más tú, honradíssimo viejo, en extremo grado te goza; y tú, Pascual Crespo, te regozija que aquella que por Armelina tenías, Florentina se llama, hija natural deste atribulado y anciano viejo dicho Viana.

Pascual.-¿Qué nos contáis?

Viana.-Mas ¿qué nos dezís?

Neptuno.-Que en presencia de vosotros la tenéis. Quita de tu agraciado rostro el velo, Florentina, y abraça [á] tu padre.

Armelina.-De gracia, y con sobrada alegría.

Viana.-¡Ay, hija de mi alma y de mi corazón! ¡Cuántos infortunios he passado por sólo ver este día! ¡Álçate deste suelo!

Armelina.-No lloréis, padre.

Viana.-Déxame, hija, que así descansan mis envejecidas canas y tez arrugada.

Pascual.-¡Oh, Armelina! Pero ¿qué digo? Florentina, abráçame y para bien seas parecida.

Guadalupe.-¡Sus! Abracémonos todos, iremos abraçados en dança.

Mencieta.-Quítate afuera, tonto, que no quiero ver tus abraços.

Guadalupe.-Los míos no los quieres tú, pero bien sé yo cuáles.

Mencieta.-¿Cuáles, nescio?

Guadalupe.-Los de Beltranico, el paje del señor Justo.

Justo.-Eso, si ella es servida, yo haré que se case con ella.

Mencieta.-Beso sus manos, señor, que yo lo acepto por marido.

Guadalupe.-¡Oxe, grandolilla! ¡Cuán presto otorgó!

Justo.-Tú tienes razón.

Pascual.-Muy más evidente razón hay, hijo, para que tú te cases con Florentina, siendo tú servido y ella contenta, y su padre pagado.

Viana.-Yo soy el más que dichoso.  
Armelina.-Yo la más que bien pagada.  
Guadalupe.-Yo el más que aparejado para comer de los confites y henchir este buche de viandas.  
Neptuno.-¡Sus! Dense la mano.  
Alguazil.-Dadas están.  
Pascual.-Entremos, pues, y daremos conclusión y remate de celebrar estas tan deseadas bodas en mi pobre aposento.  
Neptuno.-Entremos, que en ser efetuadas me bolveré á mi acostumbrada habitación.  
Guadalupe.-Señores, perdonen; y si de parescer estuviere alguno de holgarse en estas fiestas, aconsejárselo yo con residir en ellas Baco y no Neptuno.

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

